

Fernando Savater



La Hermandad
de la Buena Suerte

Premio Planeta

2008

 Planeta

ÍNDICE

Prólogo. En la isla	9
1. El Príncipe no contesta	13
2. El requisito de la victoria	25
3. Seremos cuatro	37
4. Fichas semipoliciales	51
5. Cerca de las pistas	59
6. Lágrimas furtivas	79
7. La Hermandad de la Buena Suerte	91
8. El cuervo blanco	115
9. Temprano pero ya imposible	133
10. La cosa en la carbonera	153
11. Digamos que sabe lo que quiere	185
12. Levántate y canta	217
13. <i>Hic sunt leones</i>	239
14. La Gran Copa	267

PRÓLOGO



EN LA ISLA

Desde la terraza soleada, el hombre miró al mar, que resplandecía allá abajo. Siempre lograba descubrir tonos y matices variados en el azul, que iban desde la transparencia delicadamente glauca de la orilla rocosa hasta el puro índigo de la lejanía. Y todos los días volvía a maravillarle la claridad, la luz casi aterciopelada del Mediterráneo, tan distinta de la bruma para él más dulce y entrañable de su isla natal, en el lejano norte.

Allí también estaba a gusto, sin duda. Incluso debía reconocer que hacía mucho tiempo que no se encontraba en una forma física tan excelente. Sin embargo, ya comenzaba a impacientarse. Se acercaba el momento de partir. Francamente, tenía ganas de tomar una copa. O, mejor, varias. Fumar yerba es grato, sin duda, relajante y todo eso. Pero nada puede sustituir a un buen whisky, un Jameson bebido con amigos en un pub suficientemente concurrido y ruidoso, mientras por el televisor pasan las carreras del Curragh.

Además, ya tenía la respuesta que había venido a buscar. Mucho más sencilla y comprensible de lo que había en principio imaginado. ¿Decepcionante? No, tampoco podía descalificarla así. Lo que ocurre es que ya la sabía de

antes, siempre la supo. Pero hacía falta la ocasión para revelarla y ponerla en claro, como quien pasa al papel una fotografía preciosa cuyo negativo ha llevado encima demasiado tiempo. Ahora ya estaba hecho. Podía largarse.

La casa permanecía totalmente silenciosa. No se veía a nadie. Tanto mejor. Aunque nunca le dijeron explícitamente que no podía marcharse cuando quisiera, desde el principio tuvo la impresión de que no facilitarían su partida. Irse sin que le vieran, mientras los demás hacían la compra en el pueblo o atendían otras obligaciones, le ahorraría sin duda dificultades.

Bajó la gran escalera de piedra que descendía desde la terraza, ancha y solemne como la de un castillo medieval. Abajo, en la cala, sería fácil encontrar una de las zodiac que hacían servicio de taxi hasta el aeropuerto. Si no recordaba mal, a primera hora de la tarde había al menos dos vuelos, nunca demasiado concurridos salvo en verano: uno a Palma de Mallorca y otro a Bastia, en Córcega. Desde luego, prefería el de Palma porque allí encontraría conexiones a todas partes. Además no estaría mal pasar un par de días en Palma, acostumbrándose de nuevo al bullicio urbano. Y hasta quizá pudiera acercarse al hipódromo y ver una de aquellas simpáticas carreras de trotones que tanto le divertían. Eran como carreras de juguete...

Echó a andar por el sendero arenoso, lleno de piedras. Sin duda, el antiguo cauce de un torrente olvidado. Respiró hondo y se llenó los pulmones, quizá por última vez, con el delicioso aroma de naranjos y limoneros. Sólo se oía el rumor de las chicharras, que no callan jamás, y muy lejos el motor de un yate que cruzaba frente a la isla, pintando su raya blanca de espuma en las aguas azules.

Luego oyó otro sonido, más inquietante. Era un ronroneo hondo y cavernoso, continuo, ya para él inconfundible. A unos diez metros, subiendo lentamente por el sendero que él descendía, venía un león. Llevaba baja la enorme cabeza, ensalzada por una melena corta y mucho más oscura que el dorado de la piel. Se detuvo un momento y miró al hombre. Después entrecerró los ojos como si el sol le molestase y bostezó, terriblemente. Luego siguió subiendo, sin apresurarse ni dejar su grave ronroneo. No se mostraba agresivo, ni falta que hacía.

El hombre retrocedió unos pasos, sin perderle de vista. No había nada que hacer, por allí no podía seguir. Con un suspiro se dio media vuelta y caminó hacia la casa. Estaba seguro de que entonces el león se detendría, satisfecho de verle regresar al redil. Misión cumplida.

EL PRÍNCIPE NO CONTESTA
(contado por el Profesor)

¡Oh, pozo sagrado! Te busco y quiero beber
de ti y así jamás estaré sediento otra vez.

LORENZO DE MÉDICIS, *Laudi Spirituali*

Estamos en el hipódromo, no sé en cuál de ellos, desde luego no es Goodwood, nadie puede equivocarse con el glorioso Goodwood. Final de primavera o más bien ya comienzos de verano, por la ligereza diáfana y templada del aire. Mucha gente pero vestida de cualquier modo, *à la diable*, como suelo decir yo y el Doctor siempre carraspea con desaprobación al oírme. ¡Esnobismo, humpf, grumpf! Todos se apresuran hacia las apuestas o para ocupar su puesto en las tribunas, porque los caballos ya han salido a la pista y trotan rumbo a los cajones de partida. A pesar de la distancia veo pasar a tres, muy juntos, y no conozco los colores de ninguno de ellos. Los buscaré en el programa... ¡ah, no tengo! Se lo he debido de prestar al Príncipe. Siempre olvida el suyo, se lo deja en cualquier parte. Frecuentemente se lo regala a una mujer, con pronósticos anotados de su puño y letra (acierta rara vez, no se puede ser afortunado en todo). La verdad es que me impacienta y me desazona no tener programa, incluso aunque no piense hacer apuestas. No saber quién corre, en qué condiciones, con qué peso... me siento como si estuviera desnudo. También suele desazonarme estar desnudo, en cualquier circunstancia.

Yo estoy apoyado en el pedestal de la estatua de un caballo, bronce oscuro, a todo galope y sin jinete. No tengo ni idea de cuál puede ser el nombre de este héroe y sonrío para mis adentros: es un monumento al Caballo Desconocido. ¡El Caballo Desconocido! Buen golpe, de ingenio limpio, repentino. Me gustaría poder compartirlo con alguien, pero los aficionados presurosos se han retirado ya, estoy casi solo. Incluso echo de menos al Doctor, aunque rara vez celebra mi ingenio y desde luego los *calembours* híficos no le hacen ninguna gracia. De pronto, a pocos metros, veo al Príncipe. Aislado, sin nadie cerca (¡qué raro!), enfrascado en la consulta del programa, de *mi* programa. Parece que la carrera no le interesa, o aunque le interese no puede evitar estar pensando ya en la próxima. Es un aficionado inquieto, sin sosiego, como es inquieto en todo lo demás: siempre tiene la atención puesta en lo que ha de venir, el presente lo da por sentenciado, o sea que lo ha sentenciado él. Nunca admitirá que es precisamente el presente quien nos sentencia a todos. Estudio su figura, ahora que no me ve. Hay que reconocer que no es muy alto, pero tiene hombros anchos y siempre camina sumamente erguido, como si tuviera que ofrecer a cada paso el máximo de sí mismo. Alguien ha dicho que la dignidad humana es la expresión moral de nuestro andar con la cabeza bien alta, el *Homo erectus*... y que nadie vaya a entenderme mal. El porte del Príncipe es especialmente digno, en tal sentido: cuando estoy cerca de él me avergüenzo un poco de sentirme tan *plegable*. Pero hoy no siento ni vergüenza ni pudor: me acerco rápidamente a él, muy decidido, sonriendo todavía para mis adentros por mi reciente *bon mot*: ¡el monumento al Caballo Desconocido! Nada, tengo que contárselo. El Príncipe levanta los ojos un poco

húmedos, me mira con desaprobación contenida, resignada, como quien contempla un plato poco apetitoso pero que no puede rechazar para no desairar a su anfitriona. Entonces llego hasta él, sobre él (soy bastante más alto), tomo su cara entre mis manos y le beso en los labios. Bofetada al canto, tremenda, como era de prever, pero acompañada por lo más doloroso, una risita entre dientes.

Entonces me despierto, con sobresalto y asco, apenado también. Dice Van den Borken que los sueños son una congestión de la imaginación, sobrecargada por las palabras no dichas, los actos no realizados, los afectos de odio o de amor que no expresamos ni nunca expresaremos. También los besos no dados, añado yo, los besos que se nos pudren dentro como mariscos verdosos, cada vez más fétidos por el calor. Arrellanado en su confortable siglo diecisiete, el maestro Franciscus nada dice de besos ni tocamientos impuros. Claro. Es uno de los pocos reproches que pienso hacer a su pensamiento límpido —demasiado límpido— cuando llegue al capítulo de objeciones que sin duda finalizará mi tesis sobre su obra. Estoy deseando verla ya acabada, de modo que cualquiera de estos días la empiezo: basta de notas, de apuntes y dilaciones. Pero tengo claro que en cuanto comience a redactar se desvanecerá el placer de mi *maestría*, un dominio que sólo siento cuando pienso... incluso cuando sueño. Y vendrá la desazón de no lograr ordenar nunca del todo cuanto he leído y de saber que siempre me quedará mucho más por leer. Seguro que en este mismo momento se están escribiendo artículos y monografías sobre mi personaje, prolijas, minuciosas, indispensables. Nunca estaré del todo al día: cualquier estudio, al intentar darle forma, se revela como insuficiente. Primero mucho trabajo y después bastante

frustración. Y las críticas de los fementidos colegas, los comentarios desdeñosos...

En cualquier caso, no necesito bibliografía para saber de dónde viene este sueño hípico que acabo de padecer. Consta en acta que el Príncipe nos llamó por fin al Doctor y a mí, después de casi dos meses de abandono. «Tengo algo para nosotros, chicos. Un verdadero regalito. ¡Diversión y aventura! También ganancias, desde luego, aunque ya conozco vuestro altruismo...» Yo le hice una pregunta y él no me contestó. Fue luego, al final, después de que nos hiciera un bosquejo muy elemental de todo el asunto. Demasiado elemental: hasta el Doctor, que no es precisamente suspicaz (carece de imaginación, la matriz de toda sospecha), me miró de reojo y puso la cara característica que pone al gruñir, aunque no gruñó. Su mueca de: «¡Pues vaya!» Lo que el Príncipe esquematizó era un esqueleto —¡esqueletizó!— de relato, simplemente una forma desganadamente cortés y en el fondo más desdeñosa que otras de tocar el silbato para llamarnos a formar. Por lo pronto sólo nos iba a decir lo mínimo, casi a regañadientes: pues «Ahora sólo cuenta contar con vosotros, el resto os lo contaré después...». Demasiados cuentos para que me salgan las cuentas, pensé yo. Y me abstuve de mirar al Doctor para no verle pensar lo mismo. Conocerse desde hace demasiado tiempo es una forma de peste, como la que se desprende si no te lavas durante un mes.

La cosa viene a ser más o menos así: *Espíritu Gentil* vuelve a las pistas, a la competición, a la batalla. Esto sí es un verdadero sueño hípico, acunado sin esperanza ni reproche por tantos aficionados de todo el mundo, y no ese otro más bien indecoroso que yo he tenido hace poco. ¡*Espíritu Gentil!* El sueño nostálgico de quienes le vimos correr, la leyen-

da de quienes no lo vieron. Para los verdaderos aficionados del *turf*, los que aún guardamos culto romántico a los caballos de carreras (los demás son ludópatas, viciosos de bin-gos o loterías sobre césped), el *Espíritu* fue ese acontecimiento a cuya espera nunca se renuncia pese a la rechifla de los cínicos, la confirmación de la maravilla en la que quizá nadie cree del todo, la llegada del ángel. Un ángel con cuatro patas y cola tremolante, pero aún más angélico por esos rasgos bestiales, sublimados. ¿Caga estiércol el ángel? En bolas suaves y melocotonosas, que huelen divinamente. Y nos cura de nuestros males, puedo dar fe. Uno se siente mínimo y solo, incomprendido y despreciable, comprensiblemente despreciado, embadurnado de angustia: y aparece el ángel. Entonces, por un momento, intenso momento, vuelve la ligereza al alma y regresamos a la víspera de nuestra mejor Navidad. Sabemos que no puede durar, que se irá, que los dioses o el destino nos van a privar de él y por eso lo queremos aún más. Y, en efecto, de pronto el ángel cayó, terrible caída. Nos quedamos sin él, desangelados. Sólo con la angustia puede contarse para siempre. *Espíritu Gentil* desapareció de las pistas, tocado por la fulminación y la deshonra. Y ahora parece que vuelve. ¿Vuelve? ¿Tendremos ángel otra vez?

En todo caso, una tarde nada más, sólo una gran jornada. Según dicen —asegura el Príncipe— será la última vez que le veremos, la definitiva, la inolvidable. Y regresa nada menos que a por la Gran Copa, la única que falta en su palmarés, la que perdió el año pasado de una manera inexplicable. A esta derrota, que padezco como mía, aún no me he resignado. Que *Espíritu Gentil* perdiese una carrera era difícil de asumir, pero yo lo habría aceptado con todo el coraje de la veneración que siento por la